





Diego Vigna

# La paz que los demonios temen



Colección Narrativa

2023

La paz que los demonios temen / Diego Vigna.  
1a ed. - Córdoba : Borde Perdido Editora, 2023.  
152 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-8479-25-5

1. Literatura Argentina. I. Título.  
CDD A863

**Edición y diseño:**

Sebastián Maturano

**Contactos:**

[bordeperdidoeditora@gmail.com](mailto:bordeperdidoeditora@gmail.com)

IG / FB: Borde Perdido Editora

[bordeperdidoeditora.wordpress.com](http://bordeperdidoeditora.wordpress.com)

*No vale la pena entrar a la cultura sin nuestros cuerpos.*

*Pero tampoco que los tratemos como si fueran almas.*

**María Moreno**



# La gran masa

## 1

Jesús está más chau que hola. Esa es la frase que Romagnoli chico escuchó hace un rato frente a la heladería, y que ahora repite una y otra vez en su cabeza. Va montado en su bicicross y avanza despacio por el centro de la calle principal. En el colegio le dicen Romagnoli chico pero se llama Raúl como su abuelo, dueño de casi todos los campos que orillan ese tramo de la ruta 1, y también como su padre, que es candidato a intendente para las próximas elecciones y propone techar el barrio más coqueto del pueblo con una estructura retráctil de hierros y mediasombras (la excusa es un plan de inteligencia contra el granizo). En la familia le dicen Raulito para diferenciarlo.

La frase salió de una mujer que se estaba preparando para baldear la vereda, y que decía cosas al aire como si nada trágico estuviera por pasar. Jesús está más chau que hola. Raulito sabe, como buena parte de los vecinos, que Jesús siempre está cerca de morir, pero nunca imaginó que ese destino podía nombrarse de esa manera. Jesús está casi chau y nada de hola, ensaya para él mismo cuando pasa frente al bar, erguido sobre los pedales: nadie lo escucha porque la gente que está en la vereda sólo habla de la gendarmería y del plan de emergencia y evacuación. Jesús ya está listo y chau pichu, dice Raulito unos metros más adelante, cuando llega a la esquina de la plaza y la iglesia: baja una zapatilla al asfalto y la

cruz de oro que lleva en el pecho por fin se queda un poco quieta. Jesús se está muriendo, dice por última vez, y mira a los cuatro costados antes de mirar al cielo.

## 2

Algunos vecinos lo ven pasar y escuchan de refilón lo que sale de su boca, pero no se inquietan en lo más mínimo. Están paralizados en medio de tanto movimiento ajeno. Apenas llegan a reproducir la costumbre del juego de miradas, eso que suelen llamar “la búsqueda del rumor”, pero ahora todo es distinto: reaccionan menos con las frases que suelta el chico que con la propaladora cuando molesta los sábados por la mañana. No es porque Jesús no sea importante en el morbo cotidiano, ni porque su muerte no vaya a cambiar, en cierto modo, las charlas maliciosas de todos los días; el tema es que ese final esperable coincide con la llegada del diluvio más importante del que se tenga memoria. Una tormenta parecida a la que el mismo Jesús dijo haber derrotado junto a Carmen, su compañera, a pura velocidad, treinta años atrás.

Salvo el cura nuevo, que por falta de costumbre vive la coincidencia como un mensaje celestial, el resto de los vecinos no gasta energía en preocuparse por la salud o la seguridad. Interesa más la repercusión en los puertos, el ranking de las pérdidas económicas, o directamente se toman en broma que coincida, justo en Inviolata, la muerte de Jesús con el anuncio del diluvio final. Después de tantas historias compartidas, y de tanto protagonismo de entrecasa, su agonía es una ráfaga más dentro de la catástrofe climática.

El plan de evacuación fue actualizándose a partir de los pueblos anegados. Gendarmería prohibió el tránsito vehicular y las reuniones en las puertas de las casas porque dicen que eso obstaculiza la reubicación de



los vecinos. Raulito hasta ahora se salva porque anda en bicicleta y nadie le presta atención, pero hay familias empacadas que no quieren evacuar-se para no perder control sobre sus pertenencias, e incluso hay quienes ni siquiera están dispuestos a negociar sus rutinas de la tarde. Otros sí reconocen el trabajo colectivo y están dispuestos a ayudar. Los más viejos, por ejemplo, hacen lo que se les pide. Los adolescentes miran a los gendarmes con recelo pero no dejan de cumplir órdenes. Los que viven cerca de las vías tienen permiso para permanecer en sus lugares, con la estricta orden de no pisar la calle; sólo podrán volver a salir cuando suene la sirena de defensa civil. Los barrios más pobres se debaten entre la evacuación forzada o el armado de defensas con tablas y bolsas de tierra.

La lluvia tiene un título que viene resonando en los programas de radio y televisión de la última semana: la gran masa. Lo eligieron en los canales de Córdoba sin consultar a los medios del interior. Nadie entiende por qué no eligieron un nombre de mujer, como en los tornados de Estados Unidos, ni tampoco saben quiénes son los responsables de ponerle nombre a la naturaleza. En principio dijeron que la gran masa habla de la cantidad de agua caída en los últimos días, que no parece una lluvia sino un bloque, o una crema transparente. En algunos noticieros hasta la compararon con una enorme pared de gelatina sin sabor. En la radio dijeron que era como una caballería abismal; en los dos programas del circuito cerrado repitieron lo mismo. Pero más allá de la poesía urgente, la gran masa hizo desaparecer calles y cientos de casas del ramal de pueblos que crece hacia el norte. Hay miles de evacuados entre Hersilia, Arrufó, Trinidad y Suardi, y una precipitación que superó los números de los últimos cien años. Se anegaron campos enteros, que ahora parecen un nuevo mar brotado en medio de la llanura. En una línea de cincuenta kilómetros apenas se ven las puntas de los postes de alambrado. Los pájaros otean desde ahí o desde el terraplén de la ruta; controlan cómo se van formando texturas en el agua, pequeñas olas que se pierden en

el horizonte. En la última noche quedaron cinco pueblos sin luz, y los anegados que ya sufrieron la tormenta tampoco pueden reabastecerse de gas. Las rutas siguen cortadas y los camiones no pueden llegar.

Las escuelas están cerradas. El transporte interurbano espera en los galpones. Los comercios tienen prohibido abrir al menos hasta un día después de que pare el agua. La Municipalidad dio asueto administrativo y funciona como búnker para el ejército y la gendarmería, que rodeó toda la manzana con camiones de carga y hasta con unos viejos Unimogs. También pusieron a disposición la nave principal de la iglesia, los dos clubes de fútbol y los tinglados de las mutuales. El único lugar que no tocaron es la asociación de básquet y bochas. La comisión directiva está haciendo una vigilia en el salón y no quiere saber nada con que metan ropa húmeda a dormir en el parque.

### 3

El último año fue de una sequía desigual. En algunas zonas llovió un poco, como para mantener la siembra más o menos expectante, pero en otras no cayó ni una gota. Pasó incluso dentro de un mismo campo, entre los que tienen muchas hectáreas. Es por eso que la idea de un dios revanchista trayendo toda el agua junta viene calando hondo entre las quejas de los gringos, sumado a que Inviolata siempre fue un pueblo ateo frente a la emergencia. Todos lloran, reniegan y rezan hasta que llega la seca. Van a misa y bendicen los campos hasta que deja de llover. En el ciclo histórico de repartir culpas, dos meses atrás la ligó la Virgen María por esa misma falta. La entrada al pueblo es una pendiente de asfalto que apenas se ve desde la ruta 1, de la que salen dos pequeños bulevares; en la punta del bulevar que se abre hacia el norte siempre estuvo la Virgen expuesta adentro de una cabina de fumigador. Romagnoli padre, que